

“Parole, parole. Una infancia en Rentería” es el nuevo libro de Ion Arretxe, publicado por Ediciones El Garaje.

Al principio no había colegio y pasábamos casi todas las horas, de casi todos los días, jugando en la calle.

Con Miguel Mari, con Sebas, con Txema y con su hermano Andrés.

Miguel Mari tenía una baraja de cartas que había encontrado en un cajón de la mesilla, en la habitación de su abuelo, y nos enseñó a jugar con ella.

El juego que nos enseñó Miguel Mari era muy sencillo. Se repartían todas las cartas y ganaba aquel que tenía el as de oros.

Éste fue el primer juego de cartas que aprendimos.

Nos lo enseñó Miguel Mari.

Una vecina que vivía en el portal de Sebas, de frente al nuestro, nos preguntó que cuándo íbamos a ir al colegio, que ya estaba bien de andar por ahí como niños salvajes. Yo le respondí que creía que cuando acabase el verano.

A las cartas siempre ganaba Miguel Mari. Repartiese quien repartiese, el as de oros siempre le salía a él.

Sebas encontró detrás de su casa un pajarito recién nacido que se había caído de algún nido. Estuvimos cuidándolo toda la mañana y toda la tarde. Le dábamos calor y mimos. También le dimos comida y un poco de agua. Los pájaros comen insectos y lombrices, pero cuando acaban de nacer, solamente comen plantas. O al menos, eso era lo que nos dijo Sebas. El abuelo de Miguel Mari nos aconsejó que no tocásemos mucho al pajarito, porque si no, lo aborrecería la madre.

Creo que cuando acabe el verano iremos al colegio. Así empezaba el credo de los niños salvajes.

Pasábamos el día en la calle, en nuestro barrio recién estrenado. La calle olía a charcos y a barro.

Los portales de las casas, de nuestras casas, olían a barniz y a cola de carpintero. Los toldos de las tiendas enseñaban, al sonreír, un fleco tan blanco como los dientes de los niños que aún no van a la escuela.

Hacía ya algunos días que Andrés se había dado cuenta de que Miguel Mari hacía trampas. Pero aquella tarde, cuando se lo dijo delante de todos, Miguel Mari recogió las cartas y contestó muy enfadado que, como la baraja era suya,

si queríamos seguir jugando tendríamos que hacerlo siguiendo sus reglas, que consistían principalmente en guardarse el as de oros para que siempre le tocara a él.

La madre lo aborreció, y el pajarito se murió. Parecía la letrilla de una canción, pero era la realidad.

Sebas quería inventar algo que nos hiciese invisibles.

Había visto una película del hombre invisible en la televisión, y se le había metido en la cabeza que tenía que inventar algo que nos hiciese tan invisibles como él.

Cada día probábamos una fórmula nueva: Aspirinas que robaba en el botiquín de su casa mezcladas con un poco de vinagre y una hoja de laurel... Agua oxigenada con tintura de yodo y regalices de los rojos... Aguarrás con gaseosa y con esmalte de pintar uñas, y otros potingues por el estilo.

Andrés y Txema eran gemelos y tenían un hermano mayor que sabía tocar la guitarra bastante bien.

Algunas tardes, el hermano de los gemelos se sentaba en un banco del parque junto a su cuadrilla de chicos y chicas, a comer pipas y cantar canciones.

Nosotros solíamos pedirle que tocara nuestra canción favorita, la de la Pantera Rosa. Unas veces la tocaba, y otras no.

Un día, a la baraja de Miguel Mari se le perdió el as de oros, así que dejamos de jugar a las cartas.

Todos habíamos visto la película del hombre invisible, pero solamente a Sebas se le había ocurrido que podíamos convertirnos en invisibles nosotros también.

Aquel verano lo pasamos en el barrio, meando encima de los hormigueros y jugando al escondite hasta el anochecer. Algunas tardes fuimos a las vías del Topo, a cazar tritones en los charcos. También hicimos una guerra. Fue contra los del barrio de la Farmacia, y la ganamos.

El abuelo de Miguel Mari solía ir por las tardes al Gure Leku, el bar de la Asociación de Vecinos de nuestro barrio, a jugar la partida de cartas. Yo me lo imaginaba sentado a la mesa, guardándose el as de oros como hacía su nieto, y ganando así todas las partidas que jugaba.

Sebas decía que él no quería ser un niño salvaje, que él prefería ser un niño prehistórico.

Sebas había visto en la televisión un reportaje sobre los hombres prehistóricos y le parecía mucho mejor ser prehistórico que ser salvaje.

El bar de la Asociación de Vecinos de nuestro barrio de Galtzaraborda se llamaba GURE LEKU.

Y el bloque de pisos donde vivíamos se llamaba GURE AMETSA.
En euskera, GURE LEKU es nuestro sitio y GURE AMETSA, nuestro sueño.

A veces aparecía alguna rata despistada, corriendo a todo correr, su cuerpo peludo pegado contra una pared o contra el bordillo de la acera. Nosotros la perseguíamos, y le lanzábamos insultos y piedras.

Los gemelos salieron a la calle con unos globos que habían encontrado en el cajón de la mesilla de sus padres. Eran unos globos raros, alargados y bastante feos, del color amarillento y sucio que tiene la goma sin pintar.

Hacerme invisible era uno de los deseos más urgentes que tenía mientras fui niño. Después, cuando dejé de serlo, también.

Cada vez que Miguel Mari hacía o decía algo que no estaba bien, su madre le entonaba la misma cantinela:

“Ante todo y sobre todo...”

Y él completaba la sentencia diciendo: “Educación”.

Desde el balcón de nuestra casa, y casi desde cualquier sitio de nuestro barrio, se veía a lo lejos el perfil inconfundible de las Peñas de Aya.

Hay unos años, muy pocos años, en los que todavía no hemos empezado a ir a la escuela. Son nuestra prehistoria. Una pequeña época de nuestra existencia en la que vivimos fuera de los renglones de la escritura.

La primera canción en euskera nos la enseñó la prima Itziar.

UMEA NEGARREZ, KUN, KUN, KUN...

AITATXO LANERA, PLIS, PLIS, PLAS...

ANDEREÑO JOATEN DA IKASTOLARA...

PLAS, PLAS, PLAS... PLAS, PLAS, PLAS...

El niño llorando, y hay que taparse la cara al decir kun, kun...

El padre a trabajar, y se mueven las manos imitando el andar del padre...

La maestra va a la escuela, y se dan unas palmadas...

Plas, plas, plas... Plas, plas, plas...

Sebas decía que los niños salvajes no sabían hacer fuego, ni pintar bisontes en las paredes de su cueva, ni cazar mamuts, ni hacer un hacha con una piedra de sílex...

Ni siquiera eran capaces de inventar algo tan sencillo como la rueda.

Cuando volvimos a casa después de luchar contra los del barrio de la Farmacia, le contamos a mi madre que habíamos hecho una guerra y que la habíamos ganado.

Y mi madre nos preguntó: “Y los de la Farmacia, ¿Qué dirán a sus madres?”
“Que la han ganado ellos...” Eso es lo que respondimos.

Con trazo decidido, los niños prehistóricos pintábamos con trozos de yeso en las fachadas de nuestras casas y en las fachadas de las casas de los otros, y en cualquier fachada que se nos pusiera por delante.

Pintábamos formas misteriosas y signos extraños. Garabatos que escondían los mismos enigmas que los primeros seres humanos dejaron en las paredes de sus cuevas.

Todas las noches, antes de acostarse, nuestra madre sacaba a la puerta de casa la marmita para la leche.

Y debajo de la marmita, dejaba el dinero para la lechera.

En casa de la abuela Juanita, que era la madre de nuestra madre, olía a manzana reineta.

En las habitaciones, en el pasillo, en la salita, en la entrada... Todo olía a manzana.

La abuela Juanita guardaba manzanas dentro de los armarios, entre la ropa, para que la casa oliese bien.

Creo que cuando acabe el verano empezaré al colegio.

Así empezaba el credo de los niños prehistóricos.

Al principio, eran los charcos. Y sobre los charcos se edificaron los rascacielos y los bloques de pisos, los barrios.

En Donosti había pisos con vistas al mar y en Rentería, en nuestro barrio de Galtzaraborda, había pisos con vistas a los charcos.

Nosotros vivíamos en primera línea. En primera línea de charcos.